



Alí Rondón

Poemas Selectos (2004) de Eugenio Montejo, Caracas: Bid & co. Editor. 149 páginas.

Docente, crítico de cine, escritor.
Egresado del IPC en Idiomas.
alieron@comcast.net

Aún recuerdo nuestra conversación en el casco colonial de Petare. Ese domingo bautizaban en la Fundación Bigott el poemario *Papiros amorosos*. Poco antes del acto Montejo me habló del susto que le causara una llamada telefónica de Italia la madrugada del miércoles. La voz era de una periodista venezolana para contarle que acababa ver una película de Alejandro González Iñárritu donde Sean Penn enamoraba a Naomi Watts con versos de *La tierra giró para acercarnos*. El poeta valenciano atribuyó esa felicitación transoceánica a la euforia etílica, pero días después el teléfono repicaría nuevamente con solicitudes para re-editar su obra en Estados Unidos e Inglaterra. A partir de entonces se refirió a su gratitud hacia Guillermo Arriaga, co-guionista de *21 gramos* y responsable de que ese poema suyo impulsara el romance entre el héroe y su damisela. Citó a Coleridge por aquello de la “voluntaria suspensión momentánea de la incredulidad, la fe poética”. También hablamos de Cadenas, Pessoa, Cavafy, Whitman, el verso libre, el soneto, etc.

Ahora tengo en mis manos su antología *Poemas selectos* (bid&co, 2004). Son 125 páginas extraídas de una decena de sus libros. Y no quise iniciar esta reseña dejando fuera lo que compartiera conmigo ese día el otro yo de Blas Coll, Sergio Sandoval, Tomás Linden y Eduardo Polo. No era prudente. Este ilustre integrante de la generación poética venezolana del 58 –Rafael Cadenas, Juan Calzadilla, Ramón Palomares, Guillermo Sucre, Miyó Vestriini y Francisco Pérez Perdomo, entre otros– refleja siempre una objetividad cuidadosa y controlada. Montejo nunca se deja llevar por la vaguedad o la metáfora recargada. Si dedica poemas a ‘Orfeo, Ulises, un autorretrato de Rembrandt, La estatua de Pessoa, Manoa, Ítaca, Caracas o Lisboa se debe a su deseo de componer con palabras analogías de personajes, obras de arte o lugares exóticos. Sus observaciones nos llegan como una serie de fotografías, cuadros de una película con centímetros de movimiento vivamente registrado. Sabe apropiarse de las escenas y dejarlas impregnadas con el color de su imaginación. Para muestra he aquí varios botones:

Seré un cadáver fácil de llevar
a través de los bosques y los mares
en una carroza, en un blanco navío,
con lamento de corno o de fagot,
al monótono croar de los sapos...

Salida, p. 17

Nunca iré a Islandia. Está muy lejos.
A muchos grados bajo cero.
Voy a pegar el mapa para acercarla.
Voy a cubrir sus fiordos con bosques de palmeras.

Islandia, p. 23

El horizonte es intuitivo
pero las palmas a la orilla del mar
se sirven té y hablan de los clásicos.

Mare Nostrum, p. 35

Las ciudades se prometen al que llega
Pero no aman a nadie.
Cuando se ven por la ventana de un avión
Todas atraen

Con sus cumbres azules
 Y largos bulevares rumorosos,
 Pero al tiempo son sombras amargas,
 Sus edificios nos vuelven solitarios,
 Sus cementerios están llenos de suicidas
 Que no dejaron ni una carta.

Mural escrito por el viento, p. 62

Su manera particular de decirnos que este mundo es en realidad maleable y aguarda para recibir los toques finales de nuestras manos –porque es en este universo donde el hombre persigue sus aventuras– es lo que ha expuesto en *Adiós al Siglo XXI* (p. 86). Allí un peatón recorre la ciudad y con la novedad de su imaginería cinética –‘noche en sombras rectas’, ‘paredes de vidrio’, ‘siglo vertical’– se dispone a vivir en una época que superó a dictadores genocidas como Mao, Stalin y Hitler, aprendió sobre sí mismo gracias al psicoanálisis, el Neoplasticismo de Mondrian o se desestresa gracias al licor, al jazz y crea para satisfacer una necesidad interior:

Cruzo la calle Marx, la calle Freud;
 ando por una orilla de este siglo,
 despacio, insomne, caviloso,
 espía ad honorem de algún reino gótico,
 recogiendo vocales caídas, pequeños guijarros
 tatuados de rumor infinito.
 La línea de Mondrian frente a mis ojos
 va contando la noche en sombras rectas
 ahora que ya no cabe más soledad
 en las paredes de vidrio.
 Cruzo la calle Mao, la calle Stalin;
 miro al instante donde muere un milenio
 y otro despunta su terrestre dominio.
 Mi siglo vertical y lleno de teorías...
 Mi siglo con sus guerras, sus posguerras
 y su tambor de Hitler allá lejos,
 entre sangre y abismo.
 Prosigo entre las piedras de los viejos suburbios

por un trago, por un poco de jazz,
contemplando los dioses que duermen disueltos
en el serrín de los bares,
mientras descifro sus nombres al paso
y sigo mi camino.

Montejo habla en primera persona del singular como alguien dispuesto a vivir sin pretensiones de ayer ni 'verdades' marxistas heredadas con hambrunas o campos de concentración. Es alguien lleno de coraje, integridad y un espíritu que apuesta por el cambio, la adaptación a una nueva centuria. O como sostenía William James: "Recibimos en resumen el bloque de mármol, pero [somos] nosotros mismos quienes tallamos la estatua".

Otro hito que contiene *Poemas selectos* es la entrevista a Montejo firmada por Francisco José Cruz publicada por la revista *Hablar/Falar de Poesía* (n°5 Badajoz, España 2002). Allí la conversación (pp. 136-149) se vuelve crónica de viaje, ensayo filosófico, análisis literario, teoría poética y diálogo que enfatiza la importancia de examinar temas, autores y reflexiones desde ángulos multidisciplinares. Allí Eugenio Montejo se proyecta como poeta hispanoamericano empeñado en cifrar la terredad de las cosas.